



Soy un nadie

Nunca seré alguien.

Salvo un portador de todos los sueños del mundo.

Alvaro De Campos

1

Que las mujeres tienen necesidad de tiempos largos para ponerse bellas por las mañanas, es una cosa de la que en general, los hombres están conscientes, y por la que hacen unos “numerosos” increíbles. Se alteran y dejan trasparecer la propia impaciencia a través de gemidos intolerantes, y se enojan con muebles y objetos.

Pero ¿sirve de algo dar patadas con impaciencia contra la puerta del baño o amenazar con irse, con la esperanza de abreviar los tiempos? ¿No empeora, tal vez, la situación, y la torna más penosa? No, es decididamente mejor quedarse sentado a esperar que el tiempo madure. Además de escribir correctamente en noruego, esta es una de las cosas más importantes que la vida me ha enseñado.

Sentado en la cocina de Helle, escuchaba el agua correr en el baño. ¿Me equivoco, o apenas ha comenzado a enjabonarse la cabeza? ¿Estaba vigorosamente amasando el champú revitalizante sobre la cabeza, con sus dedos enérgicos? Más tarde sería el turno del enjuague y del bálsamo, y después le habría tocado al resto del cuerpo.

El reloj sobre la pared señalaba las 8 y 30. Helle estaba excitada y habría comenzado pronto a remodelar la cocina. La nevera estaba en el medio de la habitación, junto a la repisa, a la pizarra de cocina y a una reproducción de un cuadro de Gauguin que representaba una mujer con niño en los brazos. El programa era, según lo que había entendido, de repintar las paredes de verde, mientras el mobiliario debía ser rojizo, el color que según ella, tenían originalmente los muebles.

Hay otra cosa que la vida me ha enseñado sobre las mujeres. Te engañan haciéndote creer que la vida - después de una buena limpieza - es una vida mejor, una vida con una infinidad de nuevas oportunidades.

La verdad es que sólo el trabajo duro te conduce a las puertas del paraíso.

Salí de la habitación y me puse frente a la biblioteca. La ventana del balcón estaba abierta de par en par y los ruidos de la ciudad subían desde la calle: los gritos de los niños en la escuela, el tranvía que pasa, el ruido del camión de la basura que se traslada de cuadra en cuadra.

Hubiera sido mucho mejor hablar de Helle, porque en cuanto a orden en su biblioteca, es un caso desesperado. Por ejemplo, me salta a los ojos un libro sobre *“Las zonas erógenas en el Medioevo”* de un tal Howard Humpelfinger. No dudaré en decir que la casa editorial hubiera dado a la humanidad un gran servicio si hubiera retirado del mercado todas las impresiones, para mandarlas al pudridero. El libro era una obra incomparable, llena de errores tipográficos, ilegible. Helle había tenido premura de colocar aquel libro al lado del Diccionario como si fuese una cosa natural, como la mantequilla sobre el pan.

El Diccionario es un instrumento fantástico. Aquí se encuentra la respuesta a todo lo que uno se pregunta, con una tal precisión y propiedad de lenguaje, casi de desmayarse. La edición que tomé de la biblioteca de Helle se remontaba a 1982, pero por aquello que concierne las preguntas de carácter lingüístico - según mi parecer - no está mal utilizar ediciones antecedentes. La ortografía de 1917 tiene, por ejemplo, unas páginas simpáticas y hay mucho por decir también sobre aquella de 1907. Pero más allá, no tengo posibilidad de ir.

Permanecí por largo tiempo sentado sobre el diván inmerso en las diversas explicaciones de los términos, mientras Helle continuaba duchándose como si delante de ella tuviera toda la eternidad. Las palabras que me han siempre fascinado son aquellas que describen en modo preciso y exacto un fenómeno, un ser o un objeto, como por ejemplo, VORAZ. VORAZ se atribuye a un animal recio y rudo, sobre todo al lobo. Me lo imagino vagando en los confines con Suecia, solo y hambriento, a la caza de una oveja a ser mordida.

El agua de la ducha dejó de correr, hubo silencio por un instante. ¿Qué cosa estaba haciendo? ¿Se estaba ungiendo con aquella crema mística cuyo olor advierto cada vez que entro en su baño? ¿O era el turno de la limpieza de los dientes? Me levanté y me acerqué al baño.

La puerta se abrió de par en par. Helle salió con una toalla alrededor de la cintura y los cabellos mojados. Parecía sin pudor, serena y de buen humor, y se movía evidentemente sin reparar en mí, que me había quedado allí con el Diccionario en mano y la expresión estupefacta y somnolienta sobre el rostro. La noche antes habíamos ido a dormir tarde, después de un partido de Scrabble que había implicado una serie de discusiones interesantes sobre la ortografía correcta de palabras como MENSENDIECK, PSORIASIS y ASESOR. En cuanto a lenguaje, Helle era una de las pocas en el mundo en quien podía confiar y con quien podía ejercitarme. Después de haber ganado el partido gracias a la palabra GOMA GUTA, concluimos la velada, cada uno con su Lumumba, y después fuimos a dormir como dos niños despreocupados, y nos abandonamos a los sueños.

- EXISTE en serio algo que se llama GOMA GUTA - dije.

Helle se detuvo delante de la ventana del balcón y se volteó.

- Está escrito aquí - dije.

- ¿Aquí dónde? - dijo Helle.

- Una GOMA GUTA es una goma de la resina de algunas garcinias, usada como colorante y, escasamente, en medicina - dije.

- O.K. - dijo Helle.

Y dejó caer la toalla. En aquel instante, una ráfaga de viento levantó las cortinas que revolotearon como banderolas sobre el piso. Y con el viento, me alcanzó una fuerte ola de sensaciones: Helle estaba desnuda delante de mí y reía. Yo me fijaba en sus senos. Bailoteaban un poco como si quisieran escapar y conquistar nuevos espacios. Me acerqué y la abracé, sin darme cuenta de tener la camisa blanca sudada. Esta era la mujer que amaba.

El apartamento de Helle se encontraba en el 4º piso y mientras se vestía, salí del balcón para disfrutar el panorama. Al fondo de la calle estaba el camión de la basura y un hombre con un uniforme anaranjado que arrastraba tras de sí un cajoncito a ser vaciado. Hay algo conocido en aquel hombre - pensé - y me asomé para ver mejor, pero el hombre ya había desaparecido. Ser barrendero de calles es un trabajo poco considerado, sin embargo se hace un poco de ejercicio físico y se sale rápido de él. Un trabajo no considerado por los poetas, pensé.

Era el 1º de septiembre y una oleada de calor había atenazado la región de Østland. En realidad, me iba bastante mal, porque desde hace tiempo esperaba el otoño. Había recientemente

retomado el trabajo sobre un manuscrito en el cual tenía gran confianza. Si hubiera logrado terminarlo, se hubiera proyectado mi exordio de escritor. Ahora se trataba simplemente de llevar el texto al nivel necesario para poder mantener abiertos - al menos a medias - los párpados de los críticos de toda la nación. No veía la hora de retomar el trabajo, que debía hacerse en el otoño cuando las jornadas se acortaban, eran más frías y más oscuras, y las salidas eran reducidas al mínimo indispensable.

El otoño era decididamente mi período. El período de las reflexiones. El período para meditar sobre las grandes cuestiones de la existencia. Recomenzar a construir desde donde había dejado, cuando la primavera me lleva fuera de ruta con su luz y sus reclamos murmurantes.

¿Cuándo escribí mis mejores cosas, si no en otoño? A la luz delgada de mi vieja lámpara y en bata, las palabras corren como la lluvia que cae sobre el asfalto oscuro de la ciudad.

El tranvía pasó mientras estábamos saliendo de casa. Fue la ocasión para acompañar a Helle al trabajo y proseguir a pie hacia el Parque del Castillo Real, abajo hasta la redacción del diario. Helle tenía puesto el vestido estival de flores que yo adoraba, y se había recogido los cabellos para parecer más profesora.

- ¿Cuál es la lección de hoy, entonces? - pregunté tomándola de la mano.

- Yambos y troqueos - respondió Helle.

- Interesante - exclamé, feliz de saber que los jóvenes de hoy eran informados e introducidos a los versos clásicos.

- Bue', depende de los puntos de vista - dijo Helle.

- ¿Y el anapesto?, dije.

- Lo abordaremos más allá - respondió Helle.

- Se podría pasar una vida entera sólo por el yambo - dije.

Llegados a la puerta del colegio, Helle me arregló el cuello de la camisa.

Después me besó y entró al patio. Helle era una docente popular y muchos estudiantes la saludaban. Un par de muchachos se empujaban repetidamente, compitiendo por mantenerle la puerta abierta. Al final, se tropezaron uno con el otro, y Helle abrió la puerta por sí misma.

Me sentía tan lingüísticamente afinado después del Scrabble de la noche precedente, que rápido puse manos a la obra, apenas llegado a la redacción. Estaban ya listos 45 artículos y me dediqué a un artículo sobre la vida al aire libre en Oslo, una pieza escrita por la pluma de un periodista navegado que se jactaba de no haber jamás cometido un error.

Todos cometen errores, de vez en cuando. Sí, es inhumano no cometer ni siquiera un pequeño error, olvidar una letra durante la escritura, un término compuesto o invertir dos letras para así transformar la palabra RAMO en ARMO o MOVIMIENTO en COCIMIENTO¹. Eran errores absolutamente comunes en la ocupada vida cotidiana de una redacción periodística, por lo que no había motivo para sentirse humillado. «Equivocarse es el único modo para crecer», solía repetirnos Holm cada vez que participábamos en un seminario. Pero también, no aprendiendo de los propios errores, se iba igualmente lejos.

Sin embargo, por lo que atentamente leyerá en aquel artículo, no encontré ningún error, sino dos palabras que se habían fusionado en una, de manera que ESTA NOCHE se había convertido en ESTANOCHE², y que no era tampoco un verdadero error, pero podría haber sido un error de escritura o en la peor de las hipótesis una distracción de una décima de segundo.

El artículo sucesivo se refería a los “Aha”, que habrían reunido los propios talentos en el intento de volver a llevar al éxito al grupo, después de que los respectivos componentes se habían dedicado por varios años, cada uno, a la propia carrera. Morten Harket con sus proyectos de solista, Magne Furuholmen

con su arte y la música para el cine y Pål Waaktaar con su banda de familia, los Savoy.

Debo decir que esta era una bella noticia, tanto para mí como para el mundo entero. ¿Cuántas veces escuché el pop sofisticado y melancólico de los Aha mientras escribía? ¿Cuántas veces me había dejado inspirar hasta prolongarme demasiado pensando en Morten, Pål y Mags?

Aha era uno de mis grupos preferidos y una fuerza positiva en la vida cultural noruega e internacional. El hecho de que ahora, después de las centellas, el cansancio y las pocas ventas,

¹ La palabra presente en el texto original, en italiano, es “rodimento”, que en su traducción, nada tiene que ver con “cocimiento”, mas se mantienen las mismas vocales. [T.]

² No existe, en español, una palabra que contenga los vocablos ESTA y NOCHE. Por tal motivo, sí podría tratarse de un error, en lengua castellana. [T.]

se reunieran era una bella noticia que merecía su puesto en primera página.

El artículo no se había detenido sobre quién hubiera litigado con quién, o quién hubiera encendido la centella en los años que llevaron a la disolución. Pero es cierto que no era un secreto que Morten Harket y Pål Waaktaar hubieran tenido una relación contrastada por un cierto período. Eran dos personalidades muy fuertes que chocaban entre sí. El hecho de que los dos, ahora, anduvieran de acuerdo, era simplemente fantástico. El hecho de que estuvieran realizando un nuevo álbum lo era aún más.

El periodista escribía el nombre del grupo alternativamente con y sin el guión. Corregí y envié el artículo a la prensa y decidí escuchar uno de mis discos de los Aha, para comenzar.

Para el almuerzo, fui al comedor. El redactor Holm estaba sentado en una de las mesas en vidrio y conversaba con un par de periodistas de la redacción “Feature”. Me sorprendió, porque normalmente habría preferido salir e ir a jugar al golf con un tiempo como aquel.

Hice dos, tres giros tras las mesas antes de decidirme. Muchas cosas parecían tentadoras, pero no era un hombre que se dejaba seducir por las ensaladas, por eso me decidí por un asado con gouda y una taza de café y salí.

Holm y los otros dos me vieron salir del comedor. Tenía la sensación de que hubieran estado hablando de mí y estimé si era el caso de regresar y sentarme en la mesa de ellos y discutir sobre los desarrollos del caso Hubbing. Lo excluí inmediatamente y me apresuré en volver a entrar en la oficina. Allí pude disfrutar mi almuerzo en santa paz, mientras me esforzaba en recordar el título de un famoso poema de Olaf Bull³, cuya primera estrofa rezaba así:

*el verano declina hacia el otoño,
y las coronas de los árboles inclinan la cabeza -
oh, el otoño reclama a gran voz,
¡antes de que las ramas en los bosques se doren!*

Creía que el poema formara parte de la recopilación *Las Estrellas* de 1924, pero no estaba seguro de eso. Podía incluirse, en cambio, en la colección *Poemas Nuevos* de 1913, donde

³ «Olaf Bull (1883 – 1933), uno de los más significativos escritores noruegos. Los temas encarados por su poesía son: el amor, el arte y el transcurrir del tiempo.» Nota de Annalisa Maurantonio, en *Sogni di Grandeza*.

estaba también el poema “*En la nieve*”. Al final llamé a Helle para que me lo dijera, pero no respondió, por lo que dejé un mensaje en su secretaría, esperando que me llamara apenas se hubiera liberado.

Terminé de almorzar y pensaba en mi novel. El inicio era bastante bueno y prometía crecer en intensidad: el protagonista regresa a casa después de un largo viaje en el desierto y descubre que hay algo que no va bien. Todos los pájaros han desaparecido. En su jardín hay un total silencio, ni siquiera un gorrión que gorjea. Se trepa en un árbol con la esperanza de desvelar el enigma.

Pero no hay pájaros a la vista, ni en su jardín, ni en aquel del vecino. Permanece sentado todo el día sobre una rama y baja sólo tarde en la noche, firmemente decidido a consagrar su vida a reconducir los pájaros a su jardín. El artículo sucesivo era precisamente aquel del jefe. Fue escrito por Holm, quien se había tomado a pecho el caso Hubbing. Holm puso en duda la seguridad judicial y el rol de los medios. Que el jefe hubiera ya salido del trabajo estaba claro por el hecho de que estaba regresando a casa. Y esto explicaba también un poco de errores: ESTADO DE DRECHO y SOCEDAD y al menos una preposición completamente olvidada. En términos de jugador de golf, se diría que era holeinone.

En los contenidos, no me detuve a reflexionar. Después permanecí sentado a la espera. Helle me llamó enseguida después del almuerzo.

- “*La pérdida del verano*” - dijo - y se encuentra en la recopilación *Poemas Nuevos*.

- ¡Caray! - exclamé - Estaba convencido de que estuviera en *Las Estrellas*.

- ¿Tal vez te confundes con “*En Otoño*”? - dijo Helle.

- Es probable - dije - . Pero recuerdo toda la primera estrofa.

- Sí, pero es un poema triste. - dijo Helle.